

# TEATRO DE OPERACIONES EN EL MEDITERRANEO 1570 - 1571



# La Batalla de Lepanto

7 DE OCTUBRE DE 1571

Aporte al IV Centenario de la Batalla de Lepanto.

Por

Rodrigo FUENZALIDA Bade  
Capitán de Navío (R).  
Armada de Chile

La sazón, gran Felipe, es ya llegada  
en que mi voz, de vos favorecida,  
cante la universal y gran jornada  
en las ausonias olas definida;  
la soberbia otomana derrocada,  
su marítima fuerza destruida,  
los varios hados, diferentes suertes,  
el sangriento destrozo y crudas muertes.

“La Araucana” — Alonso de Ercilla

El hermoso y vibrante Canto XXIV de “La Araucana” de Alonso de Ercilla y Zúñiga nos evoca la brillante gesta de Lepanto, donde la flota armada por la Santa Liga en 1571 derrotó en inolvidable acción guerrera la formidable escuadra del Imperio turco, marcando un hito en la historia naval, no por sus repercusiones políticas, pues ellas no se aprovecharon por la desunión de los coligados, sino porque esa batalla memorable representa el último encuentro entre buques a remos, medio empleado durante un período de dos mil años y que fue reemplazado, en adelante, por las naves a vela, que relegaron a un término secundario aquellas embarcaciones en las cuales el brazo humano y la fatiga de los infelices galeotes eran el medio principal con el cual contaban las flotas para su propulsión y maniobra.

En 1570 el poderío naval de los turcos constituía una seria amenaza para las naciones cristianas del Mar Mediterráneo. El sultán Selim II podía reunir una flota

superior a todas las potencias cristianas juntas. A instigación de sus consejeros y amparado por su colosal poder naval, se propuso incorporar la isla de Chipre al Imperio otomano, exigiendo su entrega a la Serenísima República de Venecia en febrero de 1570. Venecia, aun cuando su poder marítimo se hallaba muy disminuido, rechazó con energía la imposición de los turcos y alistó apresuradamente 136 galeras, 11 galeazas grandes y 14 naves, flota incapaz de hacer frente a su adversario. Solicitó entonces, angustiosamente, el apoyo de Francia, Inglaterra y el Imperio, sin ningún resultado, pues sólo Génova, Saboya y la Orden de Malta le ofrecieron la ayuda de sus precarios medios. Aun cuando Venecia demostraba una marcada animadversión hacia España, suplicó al Papa Pío V su intercesión ante Felipe II para que éste reforzara la flota veneciana. La habilidad del Pontífice logró que el rey católico ingresara, con muy pocos efectivos, a la liga de potencias cristianas para acabar con el poderío marítimo otomano.

Por su parte, los turcos se alistaban para negar a Venecia toda ayuda a Chipre. A fines de marzo de 1570 la gran flota de Piali salió desde Estambul a Negroponto, para cerrar el camino a Chipre a todo refuerzo a la isla. La Armada de Venecia, al mando de Zanne y llevando a Sforza Palaviccino como jefe de la tropa embarcada, había partido casi simultáneamente, fondeando el 13 de abril en Zara, donde esperó inútilmente dos meses la concurrencia de las flotas pontificia y española, muy atrasadas en su alistamiento. Cansado de esperar y con sus tripulaciones afectadas de una seria epidemia, Zanne partió para Corfú, llegando allí el 23 de junio, donde debió permanecer otro mes más. Luego salió para Candía, fondeando el 4 de agosto en el puerto de Suda. Entretanto, el turco Piali, al no encontrar enemigos, marchaba a Chipre y las fuerzas de Mustafá-Pachá ponían sitio a Nicosia, la que habría de sucumbir el 9 de septiembre, y con ella Pafos y Limasol.

Las galeras españolas que se hallaban en Sicilia y Nápoles, se habían concentrado en Messina, a las órdenes del genovés Juan Andrea Doria, sobrino nieto del gran almirante del mismo nombre que tuviera Carlos V, el marino más grande que haya dado Génova y uno de los hombres de mar más ilustres de su tiempo y ya desaparecido a la fecha de estos acontecimientos. Ellas zarparon hacia Otranto, donde el 20 de agosto se reunían a la escuadra pontificia, mandada por el príncipe Marco Antonio Colonna, designado por el Papa capitán general provisional de las fuerzas coligadas. Junta la fuerza, zarparon a Rodas, donde se supo la caída de Nicosia. Por disparidad de opiniones, rencillas y suspicacias entre los jefes, estuvieron vagando separados y tras grandes temporales que afectaron seriamente a las naves, la armada coligada resultó completamente aniquilada en una campaña inútil, sin combatir. Los turcos, aprovechando el fracaso cristiano, pusieron cerco a Famagusta, la otra importante plaza de Chipre, defendida por Marco Antonio Bragadino, quien hubo de soportar el asedio otomano por cerca de un año, mientras la flota cristiana, virtualmente deshecha, permanecía inactiva en sus bases, en Creta, Sicilia y Suda.

En el intertanto, se discutían en Roma los preliminares de la Liga, con los recelos y desconfianzas de España y Venecia, que prolongaron las conversaciones innecesariamente. El principal escollo era la persona del generalísimo. El Pontífice proponía a Colonna; los españoles a don Juan de Austria y los venecianos, sin osar proponer a su general Sebastián Veniero, desechaban a Colonna por el fracaso en la primera Liga de 1538 y rechazaban también a don Juan de Austria por la impericia que le suponían por su corta edad, veinticuatro años, sugiriendo al duque de Saboya, Manuel Filiberto, o al duque de Anjou, quien fuera más tarde Enrique III de Francia. El Pontífice, después de largas cavilaciones, designó como generalísimo a don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, no obstante su corta edad, debiendo por ello ser asesorado por los jefes de las armadas pontificia y veneciana. Sin embargo, las dificultades siguieron, negándose los venecianos a una solución integral mientras no tuviesen instrucciones de la Serenísima República. La verdad era que querían prolongar los debates en tanto procuraban concertar la paz con los turcos. La Liga habría fracasado a no ser por la tenacidad de Pío V, quien envió a Colonna a Venecia para convencer a su gobierno en este aspecto.

Después de once meses de negociaciones, ante el peligro inminente que representaban los éxitos del sultán y mientras Famagusta seguía resistiendo heroicamente, al fin, el 20 de mayo de 1571, se firmó el acuerdo. La confederación habría de ser perpetua, no sólo contra los turcos, sino también contra los corsarios de Argel, Túnez y Trípoli. La flota debería componerse de 200 galeras, 100 naves de transporte, 50.000 infantes, 4.000 caballos y 500 artilleros con equipo y municiones y estaría dispuesta todos los años en marzo o abril. Calculábase el gasto de toda aquella fuerza en 600.000 escudos mensuales, de los cuales pagaba España la mitad, dos sextas partes Venecia y la otra sexta parte la Santa Sede, pero si por alguna circunstancia imprevista el Papa no pudiera satisfacer su parte, ésta se distribuiría en dos tercios para España y el resto para Venecia. El mando de la flota pontificia lo tenía Marco Antonio



Don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V. hermanastro del rey Felipe II de España, comandante en jefe de las fuerzas navales aliadas en el Mediterráneo. Vencedor de las fuerzas navales turcas en Lepanto. (Pintura anónima. Colección del duque de Alba, Madrid).

Colonna, duque de Paliano y gran condestable de Nápoles; Venecia puso al frente de la suya al anciano Sebastián Veniero y el rey de España nombró a su hermano don Juan de Austria jefe de la suya, sin perjuicio de su cargo de general en jefe de todas las fuerzas de mar y tierra.

Mientras llegaba el legado papal, cardenal Alejandrino, a Barcelona, con el nombramiento de don Juan de Austria como generalísimo, se supo allí las desoladoras noticias de la rendición de Famagusta, la muerte atroz de Marco Antonio Bragadino y la horrible conducta de Mustafá con los vencidos. Famagusta había resistido el empuje de las 250 galeras que bloqueaban la isla y los 120.000 turcos con que apretaba Mustafá los muros de la infeliz ciudad, que sólo tenía para defenderse 4.000 soldados italia-

nos, 200 albaneses, 3.000 chipriotas entre aldeanos y pescadores y 800 caballos. Destrozados y faltos de víveres, el gobernador de la plaza, cuando sólo le quedaban 1.700 soldados, 1.200 chipriotas entre enfermos y heridos, víveres para dos días, siete barriles de pólvora y 120 cargas de cañón, resolvió capitular. Mustafá ofreció seguridad a los sitiados y facilidades de transporte a los soldados para llevarlos a Candía, nada de lo cual cumplió. Por el contrario, degolló a la guarnición, sometió a torturas espantosas a Bragadino y terminó por darle muerte desollándolo vivo.

La caída de Famagusta y con ella toda la isla de Chipre, hacía temer a la Europa entera que Selim II pudiese realizar, si no se le atajaba a tiempo, el plan que se habían trazado Mahomet II después de la toma de Constantinopla en 1453 y Solimán II el Magnífico, durante su reinado de 1520 a 1566, de apoderarse de Italia y destruir con ello al cristianismo. Era, pues, perentorio, ir pronto a la destrucción de la flota otomana.

Después de perder mucho tiempo en reunir los medios navales y militares necesarios, el 1º de septiembre de 1571 se concentra toda la flota en Mesina. El 10 de septiembre convocó don Juan de Austria a consejo. Setenta personajes se congregaron a bordo de la galera real presididos por el nuncio Odescalchi, a quien por respeto al Pontífice cedió don Juan la presidencia. La idea predominante era ir cuanto antes en busca del enemigo; sin embargo, Juan Andrea Doria juzgó temerario provocar al turco en una estación tan avanzada en esos mares y que era preferible y más segura empresa dirigir contra Túnez todas las fuerzas de la Liga, antes que exponerlas a una derrota combatiendo el formidable poder marítimo de Selim II, hasta entonces invencible. La personalidad de Doria sedujo a muchos, dadas las altas virtudes de éste, como uno de los más valientes y experimentados capitanes de la época, cualidades legadas por atavismo de su ilustre antecesor. Contradijole Marco Antonio Colonna, pronunciándose por la más pronta y decisiva batalla, como era la voluntad del Papa. Fue apoyado por Veniero y sus capitanes venecianos Barbarigo y Quirini, lo cual hizo respirar a don Juan de Austria, ardiente partidario de la acción in-

mediata, quien, como generalísimo, resolvió terminar el debate disponiendo el pronto apresto y la salida de la flota en busca de la victoria.

Don Juan pasó revista y advirtió que las galeras venecianas estaban faltas de dotaciones, reforzándolas con 4.000 hombres de infantería, de ellos 1.600 españoles y 2.400 italianos. La flota se componía de 208 galeras, 6 galeazas, 20 naves y 76 unidades ligeras a remo, entre fragatas y bergantines, de las cuales eran de Venecia las 6 galeazas, buques enormes, toscamente contruidos y bien armados, 106 galeras, 2 naves de gran tamaño y 20 fragatas pequeñas. La Santa Sede contribuía con 12 galeras y 6 fragatas y España aportaba 89 galeras (14 propiamente suyas, 30 de Nápoles, 10 de Sicilia, 11 de Juan Andrea Doria, 6 de Saboya, 3 de Génova, 3 de la Orden de Malta, 4 de Lomelin, 4 de Negrón, 2 de Grimaldi, una de Mari y otra de Sauli), 24 naves y 50 fragatas y bergantines. La imponente flota llevaba a bordo alrededor de 80.000 hombres, de los cuales 30.300 eran combatientes: 20.300 del rey de España (8.000 españoles, 5.200 italianos y 5.000 alemanes, más 1.900 aventureros), 8.000 venecianos y 2.000 pontificios.

Como se ve, España hacía la mayor contribución, tanto en fuerzas embarcadas como en dinero, en tanto que Venecia aportaba mayor número de buques. Sin embargo, las galeras españolas estaban mejor artilladas y contaban con mayor número de remeros y soldados, lo que las hacía más eficientes. Estas galezas, en 1571 eran embarcaciones muy largas y bajas de borda, de unos 45 a 50 metros de eslora, 8 a 10 de manga y 2 a 3 de puntal, generalmente con dos mástiles, aun cuando los venecianos poseían uno solo, para velas latinas. Su propulsión era a remos y para ello tenían de 25 a 27 bancos a cada banda, para tres remeros por banco, por lo que cada galera contaba con unos 160 remeros, más una veintena de marineros para la maniobra de las velas y más de 100 soldados combatientes, aun cuando en Lepanto se llegó hasta 400 soldados por galera. La artillería consistía en una pieza de 36 libras a proa y dos cañoncitos pequeños, uno a cada banda. Con una buena dotación de remeros, lograban una velocidad de seis nudos.

En las galeras españolas, la "chusma" (remeros o galeotes) estaba compuesta de forzados, mientras en las venecianas, ellos eran voluntarios. Las galeazas, en cambio, eran grandes buques, con tres palos para velas latinas y con 29 a 30 bancos para remeros por banda, que a ocho bogas por banco, daban como mínimo 450 hombres para la propulsión a brazo. Llevaban gran artillería: 44 cañones de grueso calibre, algunos hasta de 60 y 80 libras y 60 piezas pequeñas. Su dotación era de 700 a 1.000 hombres, entre marinería, bogas y combatientes. Su gran dificultad era la lentitud de su marcha, por lo que debían ser remolcadas por las galeras.

El 16 de septiembre salió al fin la flota hacia Corfú, donde los venecianos esperaban embarcar 6.000 hombres de refuerzo. Don Juan dispuso sus fuerzas dejando en la vanguardia a don Juan de Cardona, con siete galeras, tres de Sicilia y cuatro venecianas. Seguía a veintemillas durante el día y ocho en la noche el ala o cuerno derecho, de cincuenta galeras, a las órdenes de Juan Andrea Doria. Venía detrás el cuerno o ala izquierda, de cincuenta y tres galeras, capitaneado por el proveedor general Agostino Barbarigo. Navegaba después el centro, que mandaba el propio Juan de Austria, de sesenta y tres galeras, llevando a la derecha la capitana de Marco Antonio Colonna y a la izquierda la de Sebastián Veniero. A una milla de distancia venía la retaguardia, de treinta y cinco galeras, mandada por Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, que serviría como fuerza de reserva, pronta a acudir donde fuese necesario. Las galeazas, que en la acción debían ocupar sus puestos por la proa de la formación a razón de dos por cada ala y el centro, marchaban a remolque de las galeras, las que se turnaban en esta tarea. Ninguno de estos cuerpos hallábase formado por galeras de una sola nación, sino mezcladas y entremezcladas las de todas ellas y tampoco llevaban banderas propias sino sólo las del color designado por el generalísimo para distinguirlas y combinarlas. Las de Doria eran verdes, amarillas las de Barbarigo, azules las de don Juan y las del marqués de Santa Cruz, blancas. La real y las capitanas llevaban, en lugar de estas banderas, largas flámulas del color respectivo.

El 27 de septiembre fondeó la armada en Corfú. Desde allí envió don Juan a Gil de Andrade con cuatro galeras en busca de noticias sobre la flota turca y aprovechó el tiempo en reforzar su artillería y embarcar soldados que le tenían preparados los venecianos.

El 28 por la noche llegó una fragata enviada por Gil de Andrade desde Cefalonia. Traía la noticia que la gran flota otomana, al mando de Muezzin Zadé (Alí-Bajá), que todo el verano se había enseñoreado del Adriático meridional, al saber de la concentración cristiana en Mesina había abandonado el sitio de Cattaro y había puesto rumbo al golfo de Lepanto. Que Alí-Bajá había despedido al dey de Argel Uluch Alí con sus ciento diez galeras, habiendo quedado en Lepanto sólo ciento ochenta de ellas. La noticia no era del todo verdadera. Era efectivo que la flota turca estaba en Lepanto, éralo también que el dey Uluch Alí se había separado con sus galeras; pero ésta era una ausencia momentánea, en misión de reconocimiento y, de vuelta ya en Lepanto, hallábase allí la flota íntegra, muy superior a la cristiana y resuelta a provocar la batalla.

Se convocó a un nuevo consejo, donde nuevamente Juan Andrea Doria prefirió evitar el encuentro, en virtud que estaba entrado el otoño y se aproximaba la época de temporales; pero Colonna, Veniero, Barbarigo, Requesens, Alejandro Farnesio y Alvaro de Bazán compartieron la idea de don Juan de Austria de ir directamente hacia el enemigo. La Armada zarpó de Corfú el 29 de septiembre con rumbo a Gomeniza, en la costa albanesa, a unas treinta millas al sudeste de Corfú. Las naves a vela se habían retrasado y don Juan resolvió esperarlas. El 2 de octubre la discordia trató por última vez de desbaratar los planes. En efecto, en la galera veneciana "El Aguila" se produjo un incidente entre dos arcabuceros españoles y un marinero veneciano por si les había éste tropezado o no con el penol de una verga; hízose general la contienda por la mala voluntad de los marineros venecianos a los arcabuceros españoles, a quienes miraban como intrusos en sus naves y agravóse el incidente al tomar parte en él el capitán de arcabuceros Muzio Alticozzi, hombre pendenciero y de mala cabeza. De las palabras

se pasó a los golpes y de éstos a las armas, con tal rabia y empuje que pronto la cubierta quedó llena de heridos y algunos muertos.

Acudió el jefe de policía enviado por Sebastián Veniero para poner término al conflicto y prender a Muzio. Mas éste no se dejaba coger fácilmente y, tomando el primer arcabuz, mató de un tiro al jefe de policía y puso en fuga a sus acompañantes. Sabido por Veniero este nuevo incidente atentatorio a la disciplina, mandó abordar la galera teatro de la lucha. Entró en ella y detuvo a Muzio y otros dos españoles de los más alborotados y antes de diez minutos pendían ahorcados los tres de una entena.

El atentado de Sebastián Veniero contra el derecho de administrar justicia, privativo del generalísimo, produjo péximo efecto entre los coligados y se llegó casi a una separación. Las galeras venecianas se agruparon lentamente hacia las de Veniero y las españolas y pontificias en torno a la de don Juan de Austria. Este, al conocer el hecho, tuvo un momento de inmenso furor y si no es por Marco Antonio Colonna y Agostino Barbarigo, quienes intercedieron para calmarle, la expedición pudo haber sufrido un muy serio contratiempo. Aplacado, don Juan destituyó a Veniero, lo sustituyó en el consejo por Barbarigo y le ordenó alistarse para zarpar esa misma noche a Lepanto.

El 3 de octubre la flota cristiana se hizo a la mar y el 5, después de atravesar el canal que separa Cefalonia de Itaca, con mal tiempo, llega a Puerto Ficardo, donde se entera de las atrocidades cometidas por Mustafá en Famagusta, excitando en el ánimo de todos un natural deseo de venganza. El 6 de octubre, con viento favorable, la flota de don Juan de Austria llega a Petala, donde echa el ancla.

\* \* \*

Mientras tanto, los turcos habían reforzado su flota hasta el punto de tener repartidos en sus 273 naves, 90.000 hombres entre gente combatiente y de remo. También se había dividido en tres partes: el centro, mandado por el gran almirante Alí Bajá, mozo arrogante, de más valor que prudencia, en todo el ful-

gor de su juventud y de su privanza con Selim II; el ala derecha a las órdenes del dey de Alejandría Mehemet Shoraq o Scirocco, hombre maduro, sesudo, valiente y experimentado, y el ala izquierda mandada por el virrey de Argel, Uluch Alí, llamado "El Fartass", o "Tiñoso", antiguo renegado calabrés, de sesenta y ocho años, prudente, valeroso y astuto, curtido en aquellos mares por la piratería durante cuarenta años.

En Lepanto recibió Alí Bajá un mensaje de Selim II, ordenándole dar la batalla y en virtud de ello reunió el 4 de octubre a bordo de su galera "La Sultana" el consejo de guerra, compuesto por Scirocco, Uluch Alí, del serasker o general de las tropas embarcadas Pertev Pachá y de varios altos dignatarios del Imperio otomano, hasta el número de veinte, entre los cuales se encontraban el antiguo dey de Argel Hassen Pachá y dos hijos de Alí, niños todavía, Ahmed Bey, de dieciocho años y Mahomet Bey, de trece, quienes con su ayo Alhamet montaban una galera.

La flota turca era sin duda superior a la cristiana y tenía a su favor, además, el no estar formada como ésta de elementos diversos que pudieran tener, como efectivamente tenían, intereses distintos y aún opuestos. Lejos de ello, los turcos eran vasallos de un mismo señor y no perseguían ni ambicionaban la gloria y el poder de una nación determinada sino el de un solo imperio. No había, en consecuencia, suspicacias entre los jefes y las tropas estaban unidas en un mismo fervor religioso y sin discrepancias políticas.

Sin embargo, la orden de Selim II de dar la batalla encontró un impugnador en Uluch Alí, el Tiñoso, quien, con serias razones sacadas de su experiencia de guerra con cristianos, hizo patentes las quiebras que pudiera tener una derrota. Lo apoyaron el serasker Pertev Pachá y Mehemet Scirocco, a quien inquietaban mucho las seis formidables galeazas venecianas.

Alí Bajá rióse de los temores de aquellos veteranos y presentó al consejo los informes de los exploradores Kara Kodja y Kara Djalí, corsarios berberiscos que volvían de reconocer en Corfú la flota cristiana. Según ellos, ésta era de tal modo inferior en número y fuerzas que no

podría resistir el primer embate de los turcos.

Pero el informe se había hecho mientras la vanguardia de don Juan de Cardona y la retaguardia del marqués de Santa Cruz se hallaban destacadas en Tarento, con algunas otras naves y que restaban en consecuencia, a la Liga más de setenta galeras.

Ambos generalísimos, entonces, estaban igualmente engañados. Don Juan suponía a la flota turca separada y camino a Argel o Trípoli las ciento diez galeras de Uluch Alí y Alí Bajá no contaba con Juan de Cardona ni con el marqués de Santa Cruz, así como su ignorancia de las cosas del mar no le dejaba comprender la importancia de aquellas seis galeazas de las que tanto recelaba el viejo Scirocco.

Por otra parte, los más experimentados turcos aducían la inferioridad de sus tropas y la superioridad del armamento de los cristianos, así como la no necesidad de combatir, pues, como estaba entrado el otoño, si ellos permanecían fondeados, los cristianos se verían pronto obligados a regresar a sus puertos para evitar el desastroso efecto de los temporales, resultando inútil el enorme esfuerzo y el gasto realizado. Agregaban que los cristianos combatían con armaduras completas o, cuando menos, con casco, coselete y rodela, mientras que los turcos no tenían costumbre, por lo general, de usar armas defensivas corporales. Además, los cristianos disponían de arcabuceros, en tanto que los otomanos sólo de los genízaros con armas de fuego y el resto sólo arcos, que aunque fuertes y terribles a corta distancia, eran de menor eficacia que los arcabuces y mosquetes contra las armaduras.

Pero estas argumentaciones no valieron ante la impetuosidad del joven y fogoso Alí Bajá, al cual apoyaban los generales jóvenes, quienes insistían en la necesidad de dar la batalla cuanto antes posible.

Las opiniones encontradas entre los turcos se agriaron, hasta que Uluch Alí les puso término diciendo:

"Callo y estoy pronto, porque escrito está que la juventud de un capitán pachá pese más que mis cuarenta y tres años de campañas. Pero te has burlado de los

berberiscos, pachá. Acuérdate cuando arrecie el peligro". Y diciendo esto, Uluch Alí se marchó a disponer su flota. Para desechar todo recelo, Alí Bajá envió al corsario Kara Kodja a un nuevo reconocimiento de la fuerza enemiga. Salió el pirata berberisco de Lepanto con dos galeras cautelosamente en el canal de Itaca, en exploración, pero fue descubierto por los cristianos quienes le dieron caza y sólo gracias al esfuerzo de sus remeros y al favor del viento, escapó de sus manos. En la prisa de la fuga, no vio una gran cantidad de barcos abrigados en la bahía de Ficardo y creyó que la flota no había variado desde que la reconociera en Corfú. Volvió, en consecuencia, triunfante a Lepanto, firme en su engaño, anunciando a Alí Bajá que los cristianos estaban en Ficardo de Cefalonia y que en nada había disminuido la inmensa superioridad otomana.

Alí Bajá no se hizo repetir la noticia y apresuróse a zarpar de Lepanto para ir a fondear en la bahía de Calydón, vecina al cabo Scropha.

Don Juan, por su parte, estaba al ancla a siete millas de dicho cabo, en el lado opuesto, sin sospechar todavía la proximidad del enemigo. Ambas flotas quedaban, pues, una a cada lado del cabo, en la creencia, don Juan, que los turcos estaban en Lepanto y Alí, los cristianos en Cefalonia. Ambos, al ir a buscarse, se encontrarían repentinamente al doblar a la vez la misma esquina.

\* \* \*

Al amanecer del día 7 de octubre de 1571 ordenó don Juan el zarpe de la flota de Petala y seguir con grandes precauciones por el canal que forman las costas de Grecia con la isla de Oxia, última de las Curzolari. A la altura del cabo Scropha señaló el vigía de la "Real" que se hallaban dos velas a la vista. Pobláronse de curiosos los mástiles, mas ya no eran dos velas las avistadas, eran docenas y docenas que se destacaban sobre el azul del cielo y del mar como bandadas de gaviotas volando a flor de agua. No podía haber duda, el enemigo estaba presente, claro y mostrando imponentemente su poderío en una línea impresionante destacada en el horizonte. Eran las siete de la mañana y el encuentro busca-

do o no por cualquiera de los adversarios, era inminente e insoslayable. Era la hora de la decisión y de ella dependían los destinos de las causas que ambos adversarios defendían.

Al punto mandó el generalísimo a su piloto Cecco Pizano desembarcar en un alto islote para observar desde allí las fuerzas adversarias. Pizano apreció desde esa altura cómo se adelantaba la flota turca, casi una mitad más numerosa de lo que se la suponía, empujada por una brisa favorable que entorpecía al mismo tiempo la maniobra de los cristianos.

Al llegar a bordo de la "Real", Pizano se limitó a decirle a don Juan de Austria: "Sacad las garras, señor, que ruda ha de ser la jornada". No parpadeó siquiera el jefe de la gran flota cristiana y como en aquel momento le preguntaron algunos de sus capitanes si no se celebraría un último consejo, contestóles serenamente: "Ya no es hora de aconsejar, sino de combatir". Y mandó en el acto disparar un tiro en la "Real" e izar la señal convenida desde Messina para formar en línea de batalla. Todo un hombre el generalísimo, a pesar de sus veinticuatro años; no más asesoría impuesta, sino resolución inmediata y actividad irrestricta.

Al avistarse la flota otomana, ella se hallaba aún a unas quince millas dentro del golfo de Patras, navegando en forma de media luna —parece que los turcos seguían el símbolo de su bandera— y a boga reposada, para adoptar rápidamente la disposición de combate y evitar que el viento, que le era favorable, arrojase alguna galera contra la costa.

Don Juan guardóse de comunicar a nadie los temores que los informes de Cecco Pizano le inspiraron y sin perder un segundo comenzó a tomar las medidas necesarias para hacer frente a la acción inmediata. Mandó atracar a la "Real" una de aquellas galeras pequeñas de vela y remo que llamaban en esa época fragatas y servían para transmitir órdenes con la mayor prontitud y embarcóse en ella con Juan de Soto y don Luis de Córdoba para visitar una por una todas las galeras del centro y ala derecha; las de la izquierda las encomendó a su lugarteniente, el comendador mayor, don Luis de Requesens.

En "La Araucana" don Alonso de Ercilla dice:

"Así las dos armadas, pues, venían en tal manera y orden navegando que dos espesos bosques parecían que poco a poco se iban allegando. Las cicaladas armas relucían en el inquieto mar reverberando, ofendiendo la vista desde lejos las agudas vislumbres y reflejos".

"Por nuestra armada al uno y otro lado una presta fragata discurría, donde venía un mancebo levantado de gallarda apariencia y bizarría, un riquísimo fuerte peto armado, con tanta autoridad que parecía en su disposición, figura y arte, hijo de la Fortuna y del dios Marte".

Antes de la acción, don Juan de Austria había dejado en todas las galeras disposiciones cuya previsión y prudencia pudieron apreciarse más tarde: mandó cortar en todas ellas los altos espolones, con el fin de variar el calado de proa, causa frecuente de que el cañón de crujía que montaban no pudiera apuntar con precisión, resultando poco menos que inútil en el combate. Mandó quitar las cadenas y dar armas y libertad a los galeotes condenados al remo por delitos comunes, prometiéndoles el indulto si se esforzaban en la lucha. Lloraban aquellos infelices y se abrazaban a los cómitres que les entregaban las armas, jurando morir, como en efecto murieron los más de ellos, por la fe, por el rey y por don Juan de Austria. También había dispuesto que se subieran a cubierta los mejores víveres y razonables raciones de vino, para repartirlos entre los remeros y entonces era cuando se mezclaba con ellos para arengarlos y animarlos.

En la flota se alistó la artillería, se armaron los soldados y se situaron en sus puestos. Todo ello llevado a cabo febrilmente antes que los turcos lograsen caer sobre los cristianos por efecto del viento favorable, pues el ala derecha, de Juan Andrea Doria, no había terminado aún de doblar el cabo Scropha, retrasándose respecto del centro y del ala izquierda.

A las once de la mañana hallábanse ambas flotas frente a frente, a tres millas escasas de distancia. Pudo Alí Pachá entonces comprender que tendría que com-

batir con un enemigo muy fuerte y que sus informadores se habían equivocado respecto del número de naves adversarias. Uluch Alí le propuso virar de bordo para atraer la flota cristiana hacia la entrada del golfo para restarle facilidad de maniobra y luego aprovechar el barlovento y caer sobre ella en circunstancias favorables; pero el orgulloso jefe otomano contestóle que jamás presentaría las galeras bajo su mando ni siquiera la apariencia de una fuga.

Maniobraban ambos adversarios buscando la mejor formación para afrontar la acción táctica, que era la de la línea de frente: suelta, ligera y favorecida por el viento la otomana; pesada, oprimida entre los escollos y roqueríos y a sotavento, la cristiana. Afortunadamente para la flota de don Juan, el viento rondó al suroeste, favoreciéndolo. La escuadra turca se dispuso a la acción con gran rapidez y expedición, demostrando gran pericia náutica, excelente disciplina y un adiestramiento acabado en sus galeotes. El ala derecha de Alí Bajá se componía de cincuenta y cuatro galeras y dos galeotas, hallándose la galera capitana de Scirocco cercana a tierra, en el extremo de la línea otomana y cerrando al final del ala la galera del bey de Negroponto.

El centro, mandado por el propio Alí Pachá, se componía de ochenta y siete galeras y ocho galeotas, con la capitana adelantada, enorme, altísima de puntal, con cinco grandes farolas doradas en la popa y muy bien armada de artillería, dotada de genízaros que pasaban de quinientos y de turcos epacos, bravísimos flecheros y tiradores que formaban la flor de su gente. Rodeábanla y defendíanla otras siete galeras de fanal, de las cuales era la más poderosa y equipada la del serasker Pertev Pachá. El ala izquierda, de Uluch Alí, el Tiñoso, formada por sesenta y una galeras y treinta y siete galeotas y detrás del centro, la reserva, mandada por Murad Dragut, de ocho galeras y veintiuna galeotas. Entre embarcación y embarcación no quedaba más hueco que el necesario para maniobrar, ocupando la línea total otomana cinco kilómetros.

La flota cristiana apoyaba su ala o cuerno izquierdo en la costa, estrechándose contra ella cuanto el fondo permitía sin peligro de vararse, para impedir el paso de las galeras turcas que pretendie-

ran envolver a la flota por la espalda. Formábanla cincuenta y tres galeras al mando de Agostino Barbarigo, cuya nave capitana iba pegada al lado de tierra, como guía; el otro extremo era guiado por Marco Quirini con la tercera capitana de Venecia. El ala derecha, la de Doria, internábase en el mar. Su capitana llevaba por farola una gran esfera de cristal con aros dorados; su flanco izquierdo lo guiaba Juan de Cardona, con la capitana de Sicilia. Entre ambas alas formábase el centro, donde la "Real", de don Juan de Austria, estaba flanqueada a estribor y babor por las capitanas de Marco Antonio Colonna y Sebastián Veniero y defendida su popa por la del comendador mayor don Luis de Requesens y la patrona real. Los dos extremos del centro guiábalos, el izquierdo, la capitana de Bautista Somellino y el derecho, la capitana de Malta, mandada por el prior de Mesina fra Pietro Giustanini. Detrás del centro y a conveniente distancia, alineábanse las treinta y cinco galeras del marqués de Santa Cruz. Una milla adelante de la línea de batalla se formaron las seis galeazas.

Volvamos a Ercilla. Dice en su Canto:

"Llevaba el cuerno de la diestra mano el sucesor del ínclito Andrea Doria, de quien el largo mar Mediterráneo hará perpetua y célebre memoria, y Agustín Barbarigo, veneciano, proveedor de la armada senatoria, llevaba el otro cuerno a la siniestra, con orden no menor y bella muestra.

"Pues los cuernos iguales y ordenados, la batalla guiaba el hijo dino del gran Carlos, cerrando los dos lados las galeras de Malta y Lomelino, las del Papa y Venecia a los costados; así continuaban su camino, cargando con igual compás y extremos las anchas palas de los largos remos.

"Iban seis galeazas delanteras, bastecidas de gentes y artilladas, puestas de dos en dos en las fronteras, que a manera de luna iban cerradas; seguían luego detrás treinta galeras al general socorro dedicadas, donde el marqués de Santa Cruz venía con una valerosa compañía".

Para lograr la formación la armada cristiana tomó algún tiempo, pues había muchas galeras rezagadas, lo cual dificultó

la maniobra, que de por sí estaba embarazada por ser necesario llevar a remolque en la vanguardia a las galeazas. No obstante, antes del encuentro mismo, estuvo convenientemente dispuesta toda la flota.

Así pues, quedaban frente a frente Barbarigo con Scirocco; Juan Andrea Doria con Uluch Alí, el verdadero y terrible capitán de los turcos, y don Juan con Alí Bajá. El plan de la Liga era que cada comandante se esforzase en no dejar romper la línea y, una vez elegido el enemigo, empeñar el combate, lanzándose al abordaje en cuanto fuese posible.

El plan de Alí Bajá era una táctica de rodeo a la armada cristiana, para cerrarle la retirada. El centro otomano debía atacar velozmente y con gran ímpetu, embistiendo el centro y el ala derecha de la Liga, mientras que el ala izquierda apoyaba con su extremo la acción central y procuraba envolver el ala derecha cristiana. Simultáneamente, la flota turca de la derecha debía pasar entre el roquerío, por los bajos fondos que ellos sólo conocían, y caer sobre la espalda de la izquierda coligada.

Si se comparan ambos planes, en el turco había una concepción táctica definida, que precisaba decisión, audacia y pericia marinera, derivado de su larga experiencia de lucha anticristiana; el de la Liga, en cambio, era inicialmente defensivo, cual una fortaleza que procura rechazar un asalto y, una vez aclarado el panorama, contraatacar al abordaje. No se concebía, pues, una maniobra en el campo cristiano sin una gran confianza en el poder de sus galeazas de vanguardia dotadas de potente artillería.

Al mediodía comenzó la acción con la iniciativa de los turcos, quienes atacaron decididamente. Don Juan de Austria izó en la popa de la "Real" el estandarte azul de la Liga, donde se destacaba la imagen de Cristo, y Alí Bajá, por su parte, enarboló en "La Sultana" el del Profeta, guardado religiosamente en La Meca, blanco, de gran tamaño, con ancha cenefa verde y bordados con hilo de oro versículos del Corán.

La inmensa línea turca se fue aproximando a las galeazas venecianas, adelantadas como hemos visto y conforme a las disposiciones de su comandante,



Batalla de Lepanto, 7 de octubre de 1571. Las flotas cristianas, bajo el mando de Don Juan de Austria, aniquilan a las fuerzas navales turcas. (Greenwick, N.M.M.).

Francisco Duodo. Este, hábilmente, los dejó avanzar y sólo al estar al alcance eficaz de fuego, las enormes fortalezas flotantes dispararon sobre el enemigo con sus grandes piezas de 44, produciendo terribles efectos: dos galeras turcas fueron echadas a pique, otra quedó inutilizada, muchas más con grandes averías, entre ellas la propia capitana de Alí Bajá.

Hubo entonces un movimiento espontáneo de retroceso en toda la línea turca, produciéndose desorden en algunos puntos. Ciertos audaces capitanes se aproximaron a las galeazas con el fin de abordarlas, pero hubieron de retirarse apresuradamente ante el fuego terrible de artillería y arcabuces que arrojaban sobre ellos las fortalezas.

En "La Araucana" el vate escribe:

"Llegado al punto ya del rompimiento que los precisos Hados señalaron, con una furia igual y movimiento, las más potentes armas se juntaron donde por todas partes a un momento los cargados cañones dispararon con un terrible estrépito, de modo que parecía temblar el mundo todo.

"El humo, el fuego, el espantoso  
estruciendo  
de los furiosos tiros escupidos;

el recio destroncar y encuentro horrendo de las proas y mástiles rompidos; el rumor de las armas estupendos, las varias voces, gritos y apellidos; todo en revuelta confusión hacía espectáculo horrible y armonía".

El valor y la entereza de Alí Bajá salvaron la situación para los turcos. Con la rapidez de una flecha hizo pasar la "Sultana" por entre las galeazas sin disparar un tiro y ordenando forzar la boga pasó sin detenerse hasta salir del campo de tiro de las poderosas galeazas, logrado lo cual no había que temer más de aquellas naves, incapaces de maniobrar velozmente para perseguir a las galeras adversarias, además de que entablado ya el contacto entre las dos líneas no hubieran podido hacer fuego sin herir también a amigos y enemigos. De tal manera que, cuando la línea de galeras turcas dejó atrás a las galeazas, éstas quedaron inoperantes en el resto de la batalla y sólo podían prestar servicio en el caso de una retirada otomana. Sin embargo, las galeazas, a pesar de su corta actuación, fueron de significativo valor en la constitución de la flota coligada, pues, como la fuerza turca salió de este trance parcialmente desordenada y perdiendo su formación inicial, no pudo cumplir su plan original.

Sin embargo, el ala derecha que conducía Scirocco se adelantó al resto de la línea y una parte de ella pretendió cruzar cerca de la costa para envolver a la división de Barbarigo. El proveedor veneciano trató de cerrar el paso; pero temeroso de vararse, no aproximó lo suficiente su galera a tierra dejando un estrechísimo paso que aprovechó Scirocco seguido de otros más para llegar a la espalda de Barbarigo. Luego viró y atacó por la popa a los venecianos y como otras galeras turcas atacaban de frente a la línea de la Liga, la capitana de Barbarigo quedó envuelta, combatiendo tenazmente por cerca de una hora con cinco enemigas. Llegaron los genizaros de Scirocco a saltar a bordo de la nave del jefe veneciano, pero fueron rechazados en un sangriento encuentro por la ayuda prestada por otras galeras del ala izquierda cristiana. En la lucha, los turcos disparaban lluvias de flechas, una de las cuales hirió mortalmente en un ojo al valiente Barbarigo, quien hubo de delegar el mando en Federico Nani.

A lo largo de toda el ala izquierda de la flota cristiana se confunden las galeras aliadas y turcas, combatiendo duramente. Todo allí era rabia, carnicería y espanto en una de las peleas más furiosas de aquella memorable jornada. La ventaja inicial que consiguieron los atacantes va desapareciendo, sobreponiéndose los coligados que manda el procurador de San Marcos, Antonio da Canale, el capitán de la tercera capitana veneciana Marco Quirini y Mario Contarini, éste sobrino de Barbarigo, quien no tarda en caer muerto también, en medio del incontenible contraataque cristiano. Una tras otra van cayendo las galeras otomanas y pronto es abordada la de Scirocco, quien es acorralado y degollado por los cristianos y luego arrojado al agua.

Don Alonso, en su inmortal poema nos narra:

“Luego con igual ímpetu y denuedo llegan unas con otras a bordarse, cerrándose tan juntas que a pie quedo pueden con las espadas golpearse. No bastaba la muerte a poner miedo, ni allí se vio peligro rehusarse, aunque al arremeter viesan derechos disparar los cañones a los pechos.

“Así la airada gente deseosa de ejecutar sus golpes se juntaban y cual violenta tempestad furiosa los tiros y altos brazos descargaban. Era de ver la pieza hervorosa con que las fieras armas meneaban; la mar de sangre súbito cubierta comenzó a recibir la gente muerta.

... ..

“Quien por saltar en el bajel contrario era en medio del salto atravesado; quien por herir sin tiempo al adversario caía en el mar de su furor llevado; quien con bestial designio temerario, en su nadar y fuerzas confiado, al odioso enemigo se abrazaba y en las revueltas olas se arrojaba”.

El fuerte empuje cristiano en este lugar de la escena es reforzado por diez galeras que envía don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. Con ello, y desmoralizadas por la captura de su capitana y muerte de Mahomet Scirocco, las galeras otomanas se desbandan, yendo gran parte a encallar a la costa. De este modo, en su ala izquierda, la acción queda decidida en favor de los cristianos.

En el centro, cinco minutos después de iniciarse el encuentro entre Scirocco y Barbarigo, caía Alí Bajá con todo el ímpetu de su furor, odio y deseo de gloria, sobre el medio de la formación de la Liga. Se le veía arrogante sobre el castillo de popa, de pie, con un riquísimo alfanje en la mano, vestido de brocado blanco tejido de seda y plata y una celada de acero pavonado bajo el turbante con inscripciones de oro y pedrería de turquesas, diamantes y rubíes, que despedían vivos reflejos a la luz del sol. Ambos adversarios avanzaban sin reparar en lo que a la izquierda o derecha sucedía y en el medio, las dos galeras de los jefes de ambas flotas, sin disparar un tiro ni hacer otra cosa que marchar siempre adelante. A media galera de distancia, abrió el fuego “La Sultana”, de Alí Bajá, con tres cañonazos casi a quemarropa. El primero destrozó la amurada de babor de la “Real” y mató algunos remeros; el segundo atravesó el esquife y el tercero pasó de largo sin hacer daño. Contestó la “Real” barriendo con sus fuegos la popa de la “Sultana” y produciendo estragos en el centro del buque.

De pronto, un crujido inmenso y horrendos alaridos produjo en la "Real" la violenta embestida de la nave de Alí Bajá a la de don Juan, con tan formidable empuje que el espolón de la "Sultana" entró en su enemiga hasta el cuarto banco de remeros. Ambos buques quedaron reciamente trabados, enredándose sus jarcias y aparejos. Mandó don Juan desde el estanterol donde se hallaba, echar los rezones y garfios de abordaje y afianzadas ya las dos galeras, convirtiéronse en un solo campo de batalla. Lanzáronse como leones los cristianos al abordaje destrozando cuanto se oponía a su paso y por dos veces llegaron hasta el palo mayor de la "Sultana" y otras tantas tuvieron que retroceder, disputándose palmo a palmo aquellas frágiles tablas en una refriega en la cual no había escape, ni ayuda, ni esperanza de compasión, ni más salida que la muerte. Afortunadamente, la galera cristiana quedó en mejor posición, pues de resultas del choque estaba levantada de popa, desde la cual los numerosos arcabuceros hacían estragos entre los turcos.

La "Sultana" pronto fue reforzada por otras galeras de reserva y, animado Alí Bajá, lanzóse, a su vez, al abordaje, cayendo su gente como una cascada que se despeña de lo alto, sobre la cubierta de la "Real". El choque fue tremendo y los cristianos retrocedieron, permitiendo que

los turcos sobrepasaran el palo trinquete. Acudió entonces toda la gente de popa y el generalísimo don Juan de Austria saltó desde el estanterol espada en mano, en medio de la refriega, para hacerlos retroceder. Este fue el momento crítico del combate. Ya no había línea ni formación alguna: sólo se veían galeras trabadas entre sí, vomitando fuego y muerte, con los cascos y palos erizados de flechas y todos empeñados en matar, herir e incendiar. Los cuerpos caían al agua, muertos y vivos, así como palos, jarcias, remos y armas.

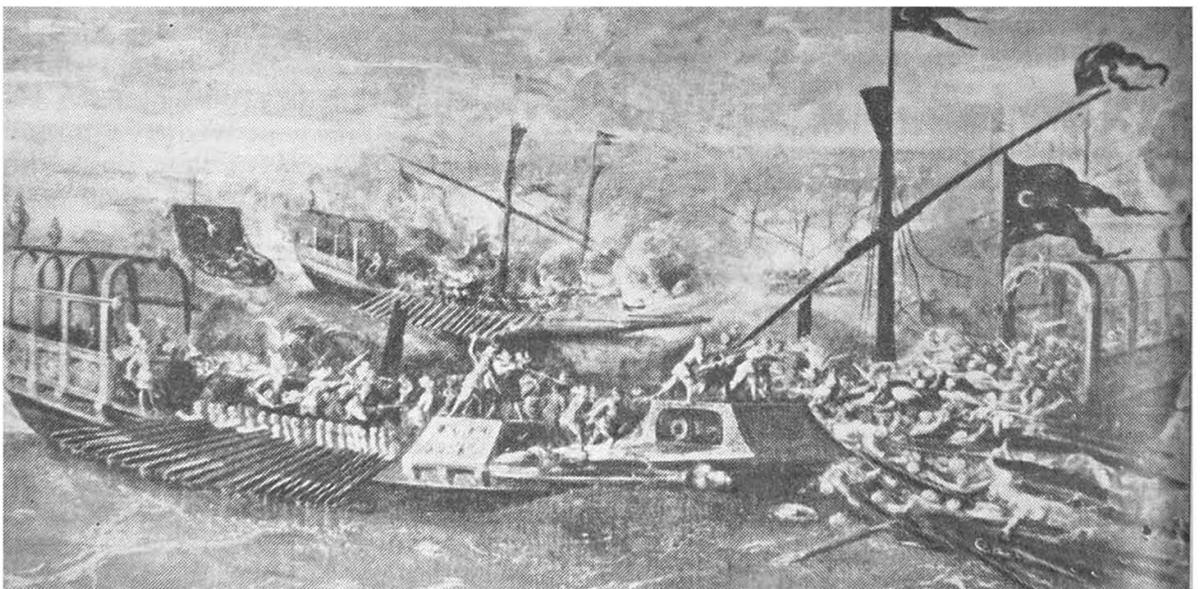
"La Araucana" cuenta de ello:

"Por las proas, por popas y costados se acometen y ofenden sin sosiego; unos cayendo mueren ahogados, otros a puro hierro, otros a fuego; no faltando en los puestos desdichados quien a los muertos sucediese luego, que muerte ni rigor de artillería jamás bastó a dejar plaza vacía.

... ..

"¿Cuál será aquél que no temblase viendo

el fin del mundo y la total ruina; tantas gentes a un tiempo pereciendo, tanto cañón, bombardas y culebrina? El sol, los claros rayos recogiendo, con faz turbada de color sanguina, entre las negras nubes se escondía por no ver el destrozo de aquel día.



Otro aspecto de la batalla de Lepanto, según un cuadro conservado en el palacio del duque de Hijar. (Foto Mas.).

... ..  
 "Quien, faltándole tiros, luego aferra  
 del pedazo del remo o de la entena;  
 quien trabuca al forzado y lo deshierra  
 arrebatando el grillo y la cadena;  
 no hay cosa de metal, de leño y tierra  
 que allí para tirar no fuese buena,  
 rotos bancos, potizas, batayolas,  
 barriles, escotillas, portañolas.  
 ... ..

"No es posible contar la gran revuelta  
 y el confuso tumulto y son horrendo.  
 Vuela la estopa en vivo fuego envuelta,  
 alquitrán y resina, pez ardiendo;  
 la presta llama con la brea revuelta,  
 por la seca madera discurriendo,  
 con fieros estallidos y centellas,  
 creciendo amenazaban las estrellas.  
 ... ..

"Don Juan en esto airado e impaciente  
 la especiosa fortuna apresuraba,  
 poniendo espuelas y ánimo a su gente,  
 que envuelta en sangre ajena y propia  
 andaba.

Alí Bajá, no menos diligente,  
 con gran hervor los suyos esforzaba  
 trayéndoles con tino a la memoria  
 el gran premio y honor de la victoria".

En momento tan crítico, desprendióse con sobrehumano esfuerzo una galera de aquel caos de horrores y lanzó su proa con violencia increíble contra la popa de la "Sultana", entrándole el espolón hasta el tercer banco de remeros. Era Marco Antonio Colonna que acudía en auxilio de don Juan de Austria después de rendir, tras durísimo combate, la galera del bey de Negroponto. Simultáneamente, Alvaro de Bazán acudió con varias galeras de la reserva en el momento en que dos turcas intentaban embestir a la "Real" por los costados. La galera de Bazán logró destruir con su artillería una de ellas y luego abordó la otra, la cual tras violenta lucha es rendida. A continuación hizo pasar a la "Real" doscientos soldados de refuerzo, con los cuales, además de los ilesos propios, don Juan emprende un furioso contraataque, barriendo a los turcos a su paso hasta no dejar ni uno solo vivo en su nave capitana y pasa a la galera otomana haciendo estragos en su gente, hasta que, sin posibilidad la nave turca de recibir auxilios, queda finalmente en poder de los cristianos,

después de muerto el propio Kapudán pachá Alí Bajá y cuatrocientos turcos en la sangrienta lucha. Ordenó don Juan arriar el estandarte del Profeta y entre gritos de "¡Victoria!" izaron en su lugar la bandera de la Liga.

Al ver ondear este nuevo estandarte, los turcos se desmoralizan y ceden. Veniero, en la capitana de Venecia, ataca y arrasa la galera de Pertev pachá, ayudado por otras dos galeras venecianas; pero los turcos acuden en ayuda de Pertev, quien logra escapar, para ser luego abordado por las capitanas de Sicilia y Lomelin, aun cuando el sesasker logra huir en una lancha. Veniero, aun estando herido, se apodera de otras dos galeras enemigas y poco después cesa la resistencia turca en el centro, dispersándose las pocas galeras que restan incólumes.

Veamos qué ocurría en el ala derecha cristiana. La fuerza de Juan Andrea Doria, jefe de esta ala, en el momento del despliegue se había alejado mucho del centro, dejando una brecha. Ello fue notado por don Juan de Austria, quien envió una fragata para avisarle, pero ésta no alcanzó a llegar. En consecuencia, Doria, sin quererlo, le hizo el juego al astuto Uluch Alí, quien, previendo la abertura libre que se formaría entre el ala enemiga y el centro de su formación, lo siguió paralelamente para apartarlo insensiblemente cada vez más del grueso y poder penetrar con sus naves más ligeras por la citada brecha, rodearle y aislarle por completo. En efecto, el hábil argelino, al observar un hueco bastante ancho, viró con su fuerza con prodigiosa rapidez y atravesó a toda boga el amplio espacio que separaba el ala del centro cristiano, atacando al poco las unidades retrasadas de Doria, cayendo finalmente sobre el flanco derecho del centro coligado, donde concentró el esfuerzo sobre una docena de galeras, a las que abrumó con su superioridad numérica local.

Siete galeras turcas rodean a la capitana de Malta, la que cae en poder de Uluch Alí cuando no queda nadie ileso a bordo. Siete galeras venecianas, tres de Doria, dos pontificias, la "Fierezza" y la "San Giovanni", y una saboyana, la "Piamontesa", son hundidas o caen en poder del renegado después de una tremenda lucha en la cual cada una es atacada y luego abordada por tres, cuatro y hasta

seis enemigas. El desastre y la matanza despiadada fueron espantosos. En la capitana de Malta sólo tres hombres sobrevivieron: el prior de Mesina fra Pietro Giustanini, con cinco flechas clavadas, un caballero español con ambas piernas gravemente heridas y otro italiano con un brazo separado de un hachazo, quienes escaparon milagrosamente a una muerte inmediata después del tremendo efecto de los cañones, de la efectividad de las innumerables flechas disparadas y de las cuchilladas y hachazos en los abordajes. La victoria habría sido del turco si no es por Juan de Cardona, quien se vino sobre el enemigo con ocho galeras y sostuvo un duro y violentísimo combate contra dieciséis berberiscas, resultando herido seriamente. De los quinientos combatientes que llevaba en la capitana de Sicilia, sólo quedaron ilesos o con algunas contusiones, cincuenta.

Después de Cardona llega Alvaro de Bazán, gran jefe de la reserva, quien acude con presteza, y luego el propio Doria, frenético y ardiente en deseos de vengar el lazo en que lo hizo caer su enemigo, el cual, de virtual vencedor, pasa a cejar en el ataque. Por último, don Juan de Austria, herido de una cuchillada en una pierna, y observando la angustiosa situación por que pasaban las galeras de Malta y Sicilia, hace cortar las amarras a las galeras que se remolcaban ya vencidas y sin descansar de las fatigas del día, lánzase con ellas en ayuda de los que sucumbían en la implacable, tenaz y sangrienta refriega.

Apreciando ahora el argelino que se vería obligado a hacer frente a las naves que se acercaban y considerando que el viento arceciaba y pronto podría transformarse en temporal, decidió abandonar la acción y con dieciséis de sus mejores galeras se retiró al noroeste.

Don Juan de Austria y Alvaro de Bazán intentaron perseguirlo, pero ya la distancia era muy grande y el otomano logró refugiarse en el golfo de Artá.

Este fue el último episodio de la batalla de Lepanto: "la mayor jornada que vieron los siglos", según lo dice un actor de la batalla, un oscuro soldado embarcado en el ala izquierda, en la galera "La Marquesa", que en la cruenta acción recibió dos arcabuzazos en el pecho y otro

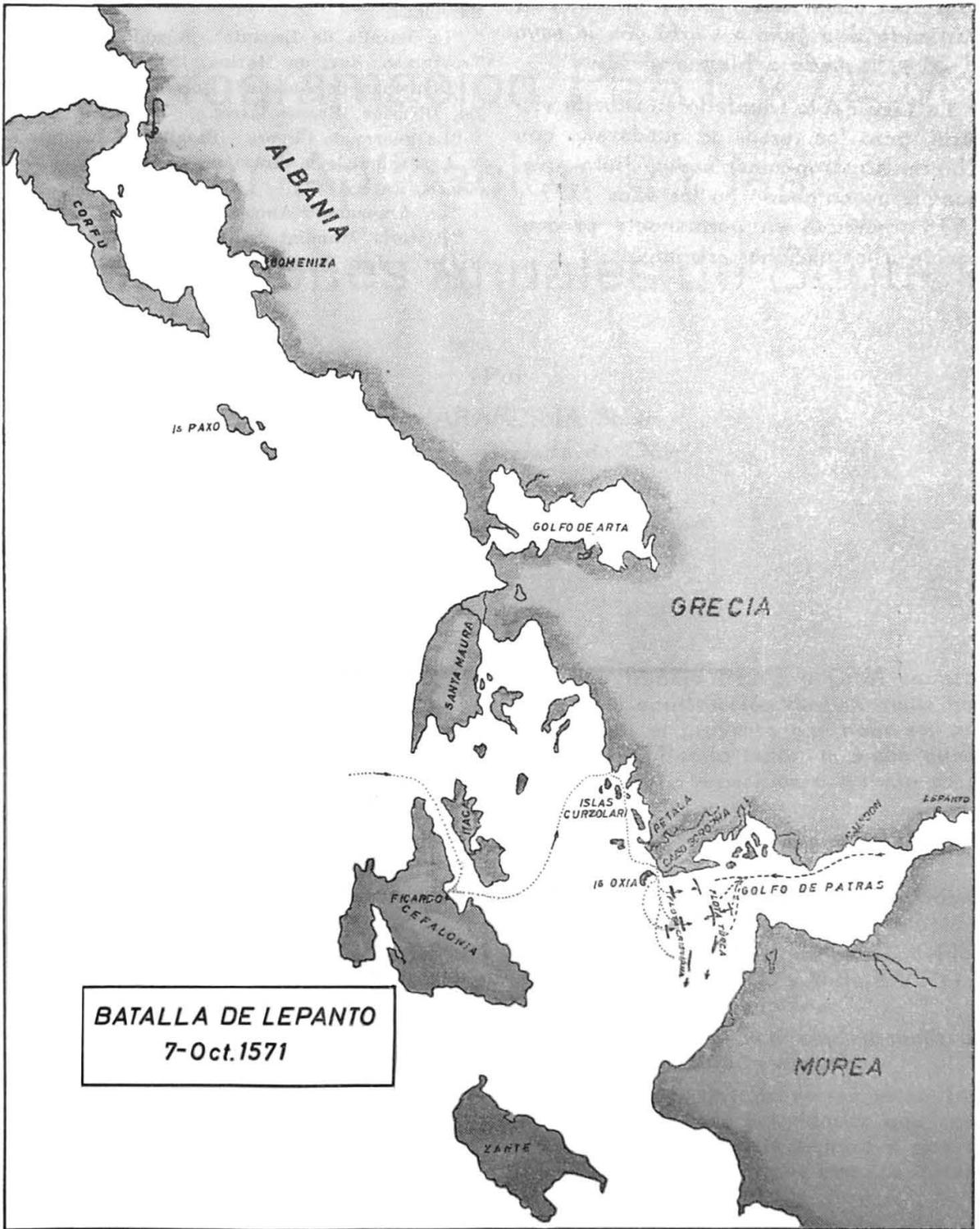
en la mano izquierda —"para gloria de la diestra"—que le quedó inútil y que se llamaba Miguel de Cervantes y Saavedra, posteriormente honor y prez de las letras castellanas.

La victoria cristiana fue absoluta. De la formidable armada turca, sólo unas cincuenta galeras alcanzaron a huir, parte de ellas con Uluch Alí y el resto refugiadas en el golfo de Corinto. Los turcos perdieron, entre hundidas y capturadas, de 180 a 190 galeras, teniendo de 25.000 a 30.000 muertos y 5.000 prisioneros, aparte de unos 12.000 esclavos cristianos que fueron liberados.

Fuera del Kapudán pachá Alí Bajá, la mayor parte de los capitanes otomanos murieron. Los cristianos perdieron quince galeras, de ellas nueve venecianas, dos de Doria, dos de Sicilia, una de Saboya y la capitana de Malta, todas ellas hundidas. Sus bajas fueron 8.000 muertos (2.000 españoles, 800 del Papa y 5.200 venecianos, comprendidos los remeros voluntarios), a más de 14.000 heridos. Entre los muertos figuraban Barbarigo y dieciséis capitanes venecianos, quince españoles y sesenta caballeros de Malta.

Terminada la batalla, la flota coligada se vio embarazada con el gran número de presas que remolcar y graves dificultades para maniobrar por haber perdido sus galeras millares de remos. Ante la amenaza de mal tiempo, don Juan de Austria organizó equipos de remeros, pero cual se ofrecieron los cristianos liberados de las galeras turcas. Frente al impedimento de la gran cantidad de presas, sólo conservó de ellas 117 galeras, siendo el resto hundidas por no reunir condiciones de navegabilidad. A boga descansada la flota llegó a Petala en la noche de ese memorable 7 de octubre de 1571.

Esa famosa batalla, librada hace justamente cuatrocientos años y que se ha llamado de Lepanto, aun cuando verdaderamente se desarrolló en el golfo de Patras, al sur de la isla Oxia, pocas millas al oeste del golfo de Lepanto y la cual debió arrebatar definitivamente la supremacía en el Mediterráneo a los turcos, no fue aprovechada por los vencedores, quienes, pasada la euforia de la victoria, se dejaron dominar por envidias y discordias, olvidándose que las riquezas del imperio otomano eran tan consi-



derables que podían armar otra escuadra en breve tiempo.

Repartido el botín en la Liga, dividiéronse las escuadras, el 24 de octubre, partiendo don Juan a Corfú con la suya el 28 y llegando a Mesina el 31.

La Liga había triunfado en sonada victoria, pero los turcos se quedaron con Chipre, armaron una nueva flota que, aunque no combatió en los años 1572 y 1573, mantuvo en permanente preocupación a las naciones cristianas.

### **Bibliografía:**

“Enciclopedia General del Mar”. Edic. Garriga — Madrid — Barcelona.

“Enciclopedia Universal Ilustrada”. Espasa, Barcelona.

“La Batalla de Lepanto”. Rómulo Trebbi de Trevigiano. Rev. de Marina, 1962.

“Don Juan de Austria”. Luis de Coloma S.J. Ed. Difusión. Buenos Aires.

“La guerre de Chypre - Bataille de Lepante”. V.A. Jurien de la Gravière. Imp. Ed. E. Plon, Noorit, París 1888.

“La Araucana”. Alonso de Ercilla y Zúñiga.

“Historia Mundial de la Marina”. Almirante Barjot y Jean Savant. Ed. Continente. Madrid, 1965.

